

necesarios para pasar la vida» (pág. 541). De la agricultura peruana se destaca el cultivo del maíz, el cual «cóxesse en tal abundancia que podía bastecerse dello otras dos partes de la tierra tan grandes como esta» (pág. 541). Se señala que con el maíz se hace pan y chicha «que es un brebaxe en lugar de vino» (pág. 541)<sup>28</sup>; además se anota la elaboración por los indios de «muy buen vinagre e aceite y miel, que es cossa que si no se ve no se puede creer» (pág. 541), con lo cual tenemos, de nuevo, otro ejemplo de la dificultad de describir correctamente un mundo nuevo y distinto. Siguiendo en el terreno de la agricultura anota el anónimo informador la siembra en América de trigo importado de Castilla el cual, dice, «dasse tan abundossamente que de una anega sse a visto coxer CXX» (pág. 541)<sup>29</sup>. Un espacio de la carta se dedica a la zoología; para dar una idea exacta del aspecto de las especies desconocidas en Europa se recurrirá a la comparación con animales del Viejo Mundo; véase lo que se dice a propósito de las llamas y las vicuñas: «ay ovejass e carneros que son tan grandes como el ganado de allá y son de forma y proporción de camellos» (pág. 541); de manera muy semejante, el cronista Fernández de Oviedo hablando de las «ovejass del Perú» había escrito que «en pies e manos e todo lo demás muy semejantes son a los camellos»<sup>30</sup>; el anónimo escritor de la carta sigue haciendo comparaciones cuando habla del uso que los indios hacen de estos animales: «dellos se sirven cargándolos, como en España (se sirven) de machos y otras vestias» (pág. 541). Para dar una idea aproximada de la enorme cantidad de animales que se crían en América se utilizarán tonos hiperbólicos: «Ay gallinas de la nación de las de allá y son tantas que quitan el sol» (pág. 541); en este sentido se insiste diciendo que «ay muchos benados y otros géneros de caça y aves en mucha abundancia» (pág. 541). El elogio de la tierra peruana es tan grande que en algún momento se tiene la impresión de que se trata de un lugar paradisíaco: «jamás en estas tierras se a visto hambre, ni pestilencia, ni el comer cuesta

<sup>28</sup> Hablando de los usos que se daban al maíz, indica Bartolomé Bennassar que, una vez fermentado «produce un alcohol, una especie de cerveza, la chicha», *La América española y la América portuguesa. Siglos XVI y XVII* (Madrid, Akal, 1980), pág. 16.  
<sup>29</sup> Uno de los aspectos de América que más llamó la atención de los europeos fue precisamente el de su abun-

dancia y fertilidad, aludidas ya en los más tempranos escritos de Cristóbal Colón y Américo Vespucio (cfr. J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, pág. 39). A propósito del éxito que tuvo la siembra en América de trigo se ha dicho que, a finales del siglo XVI, «era la planta más cultivada del Nuevo Mundo» (Henry Kamen, op. cit., pág. 163). En fin, por lo que parece, el anónimo escritor era consciente

de que, como ha indicado José Muñoz Pérez, «el hablar de animales, de plantas y de templos nuevos era seguido con curiosidad por el público lector», en «Literatura y ciencia en el siglo XVI español. Los historiadores primitivos de Indias y el pensamiento geográfico», *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz, II* (Granada, 1979), pág. 500.

<sup>30</sup> Cito por Enrique Álvarez López, «La historia natural en Fernández de Oviedo», *Revista de Indias*, n.º 69-70 (1957), pág. 561. Sobre el uso de la comparación en las descripciones vid. J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, págs. 31-35; ahí se indica que cuando Cortés describe los templos aztecas los comparará con mezquitas y a la plaza del mercado de Tecnochtitlán la comparará con la de Salamanca.

<sup>31</sup> J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, pág. 39.

<sup>32</sup> Por considerar de cierto interés la carta que se acaba de comentar, la incluyo en apéndice. Dicha carta no aparece publicada en el libro de Raúl Porras Barrenechea, *Cartas del Perú (1524-1543)* (Lima, Sociedad de Bibliófilos Peruanos, 1959).

<sup>33</sup> Víctor Frankl, art. cit., pág. 478; se expone ahí el distinto uso que Hernán Cortés hizo de ambas acepciones de la palabra «tirano». No obstante lo dicho, hay que recordar que el vocablo «tirano» se hizo proverbial referido a Gonzalo Pizarro, cfr. Rosa Arciniega, *Dos rebeldes españoles en el Perú. Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre* (Buenos Aires, ed. Sudamericana, 1946), pág. 80.

<sup>34</sup> Sobre este prelado vid. Santiago Francia Lorenzo, *Palencia en América, I (Palencia, Caja de Ahorros, 1989)*, págs. 40-49; Eufemio Lorenzo Sanz, «Palentinos en el nacimiento y formación de América», *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, IV (Palencia, Diputación, 1987)*, pág. 462; Millán Bravo Lozano, *Carolina Rodrigo Aragón, Alicia Calleja García, «La inscripción-epitafio latino de la iglesia de la Magdalena de Valladolid en memoria del obispo de Palencia don Pedro de Lagasca»*, ibíd., pág. 93-101; y Juan Cristóbal Calvete de Estrella, *Vida de don Pedro Gasca*, BAE, tomos 167 y 168.

un solo maravedí» (pág. 541); noticias como ésta han permitido que se pueda decir que, en aquel momento, para los europeos «la Arcadia y el Edén podían localizarse en las lejanas orillas del Atlántico»<sup>31</sup>. Hablándose de Perú no podía faltar una alusión a la riqueza de metales preciosos, que irá acompañada de una nueva hipérbole encomiástica de aquel territorio. y de una queja de orden social:

Lo principal que en ninguna parte se dan a buscar minas de oro y plata, que no sse allen muy ricas, así que en verdad esta tierra es la mejor que ay en el mundo, ssino que las passiones de los gobernadores della la tienen destruida, y a toda la gente que en ella reside (pág. 541).

Es significativo que sea ahora, al hablar de «lo principal», cuando se aproveche para referirse, con espíritu crítico, a la conflictiva situación política de la provincia del Perú, situación que no se apaciguaría hasta el año 1548 con la muerte de Gonzalo Pizarro; nótese, además, que la carta se fechó el 25 de junio de 1541 en la Ciudad de los Reyes y que fue justamente el día siguiente, el 26 de junio de 1541, cuando Francisco Pizarro moría asesinado en la propia Ciudad de los Reyes. Así pues, puede deducirse que para el autor de tan interesante carta el único punto negro en las tierras peruanas lo constituye la desafortunada presencia de malos gobernantes españoles<sup>32</sup>.

Precisamente con este asunto está relacionada la siguiente noticia de las Indias que se encuentra en la *Silva palentina*. Escribiendo los sucesos del año 1548 se anota la muerte de Gonzalo Pizarro en Perú; señala el Arcediano las consecuencias económicas que a Carlos V supuso el fin de Pizarro: «tiénese por cierto que heredó Su Majestad más de un millón de oro de rrenta por su muerte» (pág. 555). Interesa aquí observar que al capitán se le califique de «traidor» y de «tirano»; teniendo en cuenta que lo que se dice de Pizarro es que, con respecto al emperador Carlos V, «se le avía rebelado y le tenía usurpada aquella tierra» (pág. 555), parece claro que el concepto de «tirano» que aquí manifiesta Fernández de Madrid, no es el formulado en la *Política* de Aristóteles como gobernador injusto y arbitrario, sino el concepto específicamente agustiniano, expuesto en *La ciudad de Dios*, «en el sentido de una rebelión contra el orden legítimo y el señor legítimo»<sup>33</sup>.

Pero todo este suceso de la sublevación de Pizarro encontrará más amplio lugar cuando el Arcediano se refiera a la promoción al obispado de Palencia, en el año 1551, de Pedro Lagasca<sup>34</sup>. Aprovecha el canónigo palentino este hecho para hacer una detallada semblanza biográfica de quien fuera llamado «el pacificador del Perú». Será precisamente la etapa americana del obispo Lagasca la que ocupe la mayor parte del espacio que el

Arcediano le dedica. Siete son los apartados en que Fernández de Madrid divide el relato de los hechos peruanos del licenciado Lagasca; destacan en toda esta narración dos aspectos esenciales: en primer lugar, la pacificación y luego, el orden que Lagasca impuso en las finanzas. El apartado inicial informa de la rebelión de Gonzalo Pizarro con la toma del poder en Perú, Panamá, Nombre de Dios y muerte del Virrey Blasco Núñez Vela; en este sentido, es preciso recordar que el significado profundo de lo que se ha denominado como «movimiento pizarrista» se hallaba «en la difícil transferencia de poderes de los conquistadores a los civiles, nombrados por el emperador y que dependían totalmente de él»<sup>35</sup>. Acto seguido se anotan las diligencias emprendidas por Carlos V considerando «la gran pérdida que le venía en perder una tierra tan grande y tan rica» (pág. 571).

En el segundo apartado se anota la elección del licenciado Lagasca como persona idónea para negociar con Pizarro, pues, según dice el Arcediano, los consejeros imperiales opinaban «que si por negociación no se había, que no se podía hacer con fuerza alguna de armas» (pág. 571); es significativo del temperamento de Lagasca el hecho de que no consintió en ir a América hasta que no se le dieron los poderes que él pedía, los cuales, según el Arcediano, «contenían para paz y para guerra todo el poder que Su Magestad en las Indias tenía» (pág. 571); esto ha hecho que se pueda comentar que Lagasca quería

poderes absolutos para hacer y deshacer, incluso para enviar al Virrey a España si así lo juzgase conveniente y para gastar de la Hacienda todo lo necesario para lograr la pacificación<sup>36</sup>.

El tercer párrafo narra la llegada a tierra americana en junio de 1546 y los hechos decisivos que llevarían a conseguir la paz en el Perú. Todo el tono de la narración es de panegírico de la figura del licenciado Lagasca; por ejemplo, se dice que la ciudad de Nombre de Dios estaba tomada por hombres afectos a Diego Pizarro, sin embargo, Pedro Lagasca «sin ningún temor se metió en aquella villa y de allí pasó a Panamá» (pág. 571). Se exponen acto seguido sus hábiles dotes negociadoras con los sublevados panameños:

Comenzó a tratar y dar y tomar con ellos y conversallos tan benigna y amorosamente que le comenzaron todos a amar y a conversalle y a comer con él muy sin recelo (pág. 571)<sup>37</sup>.

Tras esto se registra que, secretamente, el licenciado Lagasca escribía a los sublevados peruanos para «inclinarnos a apartarles de la rebelión» (pág. 571), razón por la cual Pizarro y sus allegados «a religiosos y a clérigos sacerdotes y otras personas mataron y atormentaron y hizieron otros males» (pág. 571)<sup>38</sup>. Ofrece interés la información que da el Arcediano so-

<sup>35</sup> Bartolomé Bennassar, op. cit., pág. 240.

<sup>36</sup> Santiago Francia Lorenzo, op. cit., pág. 43; Francia sigue, en este punto, el relato del cronista palentino Diego Fernández, Primera y segunda parte de la historia del Perú.

<sup>37</sup> A propósito de Lagasca, Rosa Arciniega ha dicho que «hacia de su dialéctica el arma más formidable, inescapable y mortal» (op. cit., pág. 159).

<sup>38</sup> Sobre el envío de cartas mediante religiosos y el castigo y muerte que algunos de estos sufrieron, especialmente a manos de Francisco de Carvajal, «el demonio de los Andes», vid. Marcel Bataillon, «Les colons du Pérou contre Charles Quint: analyse du mouvement pizarriste (1544-1548)», *Annuaire du Collège de France, LXII* (1962), pág. 456 y Rosa Arciniega, op. cit., págs. 159 y ss. Sobre este punto concluye Bataillon: «Pues si hubo entre los pizarristas frailes arcabuceros (eran de la Merced) y si odiaban a los frailes misioneros (especialmente dominicos) tratándolos en ocasiones con las sevicias reservadas por ellos a los traidores y sospechosos, no llegaron a matar sino a un fraile y un sacerdote ahorcándolos como combatientes despojados de carácter sacerdotal» en «Interés hispánico del movimiento pizarrista», *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas (Dolphin Book, Oxford, 1964)*, pág. 48.